

LA ISLA DEL TIEMPO

# DIARIO DE STEFAN

L. J. Smith

Traducción de Gemma Gallart

**DESTINO**

## Prólogo

*Lo llaman la hora embrujada, ese momento en mitad de la noche en el que ningún humano está despierto, en el que criaturas de la noche pueden oírlos respirar, oler su sangre, contemplar lo que sueñan. Es el momento en que el mundo es nuestro, en el que podemos cazar, matar, proteger.*

*Es el momento en el que estoy más ansioso por alimentarme. Pero debo contenerme, porque al contenerme, al cazar sólo aquellos animales cuya sangre jamás la acelera el deseo, cuyos corazones no martillean jubilosos, cuyos anhelos no les hacen soñar, puedo controlar mi destino. Puedo guardarme del lado oscuro. Puedo controlar mi Poder.*

*En consecuencia, en una noche en la que puedo oler sangre por todas partes a mi alrededor, en la que sé que en un instante podría conectar con el Poder al que llevo tanto tiempo resistiéndome y resistiré toda la eternidad, necesito escribir. Al escribir mi historia, al ver diferentes escenas y años conectar entre sí, como eslabones en una cadena eterna, puedo permanecer conectado a lo que era cuando era un humano y la única sangre que jamás oí agolpándose en los oídos y sentí palpitar en mi corazón era la mía propia...*

El día que mi vida cambió, empezó como cualquier otro. Era una calurosa tarde de agosto de 1864, y el tiempo era tan sofocante que incluso las moscas dejaron de pulular alrededor del establo. Los hijos de los criados, que por lo general llevaban a cabo juegos alocados y chillaban como posesos mientras iban de un quehacer a otro, estaban callados. El aire estaba inmóvil, como manteniéndose a distancia en una muy esperada tormenta eléctrica. Había planeado pasar unas pocas horas cabalgando con mi caballo, *Mezzanotte*, en el fresco bosque del límite de la hacienda Veritas: el hogar familiar. Había metido un libro en mi morral y mi propósito era simplemente escapar.

Era lo que había estado haciendo la mayor parte de los días ese verano. Tenía diecisiete años y un espíritu inquieto, y no sentía inclinación ni por tomar parte en la guerra junto a mi hermano ni por dejar que mi padre me enseñara a administrar la hacienda. Cada tarde tenía la misma esperanza: que varias horas de soledad me ayudarían a dilucidar quién era y en qué quería convertirme. Mi estancia en la Academia para Muchachos había finalizado aquella primavera, y mi padre me había hecho postergar la matriculación en la Universidad de Virginia hasta que

hubiese finalizado la contienda. Desde entonces, había estado curiosamente atascado en un estado intermedio. Ya no era un muchacho, pero no era un hombre del todo, y me dominaba una indecisión total sobre qué hacer conmigo mismo.

Lo peor era que no tenía a nadie con quien hablar. Damon, mi hermano, estaba con el ejército del general Groom en Atlanta; la mayoría de mis amigos de la infancia estaban o bien a punto de comprometerse en matrimonio o, también ellos, en lejanos campos de batalla, y mi padre se hallaba siempre en su estudio.

—¡Va a ser un día de calor! —gritó a voz en cuello Robert, nuestro capataz, desde el extremo del establo, donde observaba a dos mozos de cuadra que intentaban ponerle la brida a uno de los caballos que mi padre había adquirido en una subasta la semana anterior.

—Ajá —gruñí.

Ése era otro problema: si bien ansiaba tener a alguien con quien hablar, cuando se me ofrecía un compañero de conversación, jamás estaba contento. Lo que deseaba con desesperación era conocer a alguien que pudiera comprenderme, que pudiera hablar de cosas reales como libros y la vida, no tan sólo del tiempo. Robert era muy amable y uno de los consejeros en los que más confiaba mi padre, pero era tan vocinglero y descarado que incluso una conversación de diez minutos podía dejarme agotado.

—¿Has oído lo último? —preguntó, abandonando el caballo para andar hacia mí.

Lancé un gemido en mi fuero interno, y negué con la cabeza.

—No he estado leyendo periódicos. ¿Qué hace ahora el general Groom? —pregunté, aun cuando la conversación sobre la guerra siempre me dejaba intranquilo.

Robert se resguardó los ojos del sol mientras meneaba la cabeza.

—No, no la guerra. Los ataques a animales. En la propiedad de los Griffin han perdido cinco gallinas. Todas con cortes profundos en el cuello.

Me paré en seco, con el pelo de la nuca erizado. Durante todo el verano, habían aparecido noticias de extraños ataques a animales procedentes de plantaciones vecinas. Por lo general, éstos eran pequeños, en su mayoría gallinas o gansos, pero durante las últimas semanas alguien —probablemente Robert, tras cuatro o cinco vasos de whisky— había iniciado el rumor de que los ataques eran obra de demonios. Yo no creía en ello, pero era un recordatorio más de que el mundo no era el mismo en el que había crecido. Todo cambiaba, tanto si yo lo quería como si no.

—Pudo haber sido un perro vagabundo quien las matara —repuse con un ademán impaciente, repitiendo como un loro las palabras que le había dicho mi padre a Robert la semana anterior.

Se alzó una brisa, que hizo que los caballos patearan el suelo nerviosamente.

—Bien, pues, espero que uno de esos perros vagabundos no te encuentre cuando andas por ahí cabalgando solo como haces cada día. —Con esas palabras, Robert se marchó a grandes zancadas en dirección al pastizal.

Penetré en la cuadra fresca y oscura. El ritmo regular de la respiración y el resoplar de los caballos me relajó al instante. Cogí el cepillo de *Mezzanotte* de la pared y empecé a cepillar el suave pelaje negro como el carbón. Ella relinchó agradecida.

Justo entonces, la puerta de la caballeriza se abrió con un crujido y entró mi padre. De gran estatura, tenía un porte de tal presencia y fuerza que intimidaba con facilidad a los que se cruzaban en su camino. Su rostro estaba surcado de arrugas, lo que no hacía más que reforzar su autoridad, y llevaba puesta una levita, a pesar del calor.

—¿Stefan? —llamó, paseando la mirada por los compartimentos de la cuadra.

Aun cuando había vivido en Veritas durante años, probablemente sólo había estado en las cuadras unas pocas veces, ya que prefería que le prepararan los caballos y se los llevaran hasta la puerta de la casa.

Me escabullí fuera del pesebre de *Mezzanotte*.

Mi padre avanzó con cuidado en dirección al fondo de la caballeriza. Me recorrió rápidamente con la mirada, y me avergonzó de improviso que me viera cubierto de sudor y tierra.

—Tenemos mozos de cuadra por algo, hijo.

—Lo sé —dije, sintiendo como si le hubiese decepcionado.

—Hay un tiempo y un lugar para divertirse con caballos. Pero luego llega un punto en que es hora de que un muchacho deje de jugar y se convierta en un hombre.

Dio un fuerte golpe a *Mezzanotte* en los flancos, y la yegua resopló y dio un paso atrás.

Tensé la mandíbula, aguardando a que me contara todo lo referente a cómo, cuando tenía mi edad, se había trasladado a Virginia desde Italia con tan sólo las ropas que llevaba puestas. Cómo había peleado y negociado para convertir una diminuta parcela de un acre de tierra en lo que eran ahora los doscientos acres de la hacienda Veritas. Cómo le había puesto aquel nombre porque *veritas* significaba verdad en latín, porque había aprendido que siempre que un hombre buscara la verdad y luchara contra el engaño, no necesitaba nada más en la vida.

Se apoyó en la puerta del compartimento y dijo:

—Rosalyn Cartwright acaba de celebrar su decimosexto cumpleaños. Busca esposo.

—¿Rosalyn Cartwright? —repetí.

Cuando teníamos doce años, Rosalyn se había marchado a un colegio para señoritas fuera de Richmond, y no la había visto desde hacía una eternidad. Era una niña de cabellos de un

rubio desvaído y ojos castaños; en todos los recuerdos que conservaba de ella, llevaba puesto un vestido marrón. Jamás había sido alegre y risueña, como Clementine Haverford, o coqueta y batalladora, como Amelia Hawke, o espabilada y liante, como Sarah Brennan. No era más que una sombra en segundo plano, que se contentaba con seguirnos en todas nuestras aventuras infantiles, pero que jamás las encabezaba.

—Sí, Rosalyn Cartwright. —Mi padre me dedicó una de sus raras sonrisas, con las comisuras de los labios alzadas de un modo tan leve que uno pensaría que era una mueca despectiva si no lo conociera bien—. Su padre y yo hemos estado hablando, y parece la unión ideal. Ella siempre ha sentido afecto por ti, Stefan.

—No sé si Rosalyn Cartwright y yo hacemos una buena pareja —farfullé, sintiendo como si las frescas paredes de la cuadra me estuvieran cercando.

Por supuesto que mi padre y el señor Cartwright habían estado hablando. Éste poseía el banco de la ciudad; si mi padre tenía una alianza con él, sería fácil expandir Veritas aún más. Y si habían estado hablando, ya podía darse por hecho que Rosalyn y yo íbamos a ser marido y mujer.

—¡Claro que no lo sabes, muchacho! —replicó mi padre con una risotada, dándome una palmada en la espalda.

Estaba de un buen humor extraordinario. Mi ánimo, sin embargo, se hundía más y más con cada palabra. Cerré los ojos con fuerza, esperando que fuera todo un mal sueño.

—Ningún muchacho de tu edad sabe lo que es bueno para él. Es por eso por lo que necesitas confiar en mí. Estoy organizando una cena para la semana próxima para celebrar vuestro compromiso. Entretanto, hazle una visita. Conócela. Cortéjala. Deja que se enamore de ti —finalizó mi padre, y cogió mi mano e introdujo una caja en la palma.

«¿Y qué pasa conmigo? ¿Y si yo no quiero que se enamore

de mí?», quise decir. Pero no lo hice y, en su lugar, metí la caja en mi bolsillo trasero sin echarle una ojeada al contenido; luego volví a ocuparme de *Mezzanotte*, cepillándola tan fuerte que resopló y retrocedió indignada.

—¡Me alegro de que hayamos tenido esta conversación, hijo!  
—exclamó mi padre.

Esperé que advirtiera que yo apenas había pronunciado una palabra, que se diera cuenta de que era absurdo pedirme que me casara con una chica con la que no había hablado en años.

—¿Padre? —dije, con la esperanza de que dijera algo que me liberara del destino que había dispuesto para mí.

—Creo que octubre sería estupendo para una boda —respondió él en su lugar, dejando que la puerta se cerrara con un fuerte golpe detrás de él.

Apreté las mandíbulas con desaliento. Rememoré nuestra infancia, cuando Rosalyn y yo éramos empujados a sentarnos juntos en las barbacoas del sábado y en las reuniones de la iglesia. Sin embargo, la socialización forzada sencillamente no había funcionado, y en cuanto fuimos lo bastante mayores para elegir a nuestros propios compañeros de juegos, Rosalyn y yo tomamos caminos distintos. Nuestra relación iba a ser justo como era cuando teníamos diez años menos: ignorarnos el uno al otro mientras sumisamente hacíamos felices a nuestros padres. Salvo que a partir de esos momentos, comprendí sombrío, estaríamos atados el uno al otro para siempre.

La tarde siguiente me encontré sentado en una rígida silla de terciopelo de respaldo bajo en la sala de los Cartwright. Cada vez que me removía, intentando hallar un punto de comodidad en el duro asiento, sentía cómo las miradas de la señora Cartwright, de Rosalyn y de la doncella de ésta se posaban sobre mí. Era como si yo fuera el tema de un retrato en un museo o un personaje en una representación de salón. Toda la estancia me recordaba a un decorado para una obra de teatro; no era precisamente la clase de lugar en la que uno se relajaría. O conversaría, bien mirado. Durante los primeros quince minutos de mi llegada, habíamos tratado, entre titubeos, del tiempo, de la nueva tienda de la ciudad y de la guerra.

Tras eso, reinaron largas pausas; el único sonido era el entrechocar de las agujas de punto de la doncella. Volví a echar una rápida mirada a Rosalyn, pretendiendo encontrar algo en su persona que alabar. Tenía un rostro vivaracho con un hoyuelo en la barbilla, los lóbulos de sus orejas eran pequeños y simétricos y, a juzgar por el medio centímetro de tobillo que podía ver por debajo del dobladillo de su vestido, parecía que tenía una estructura ósea delicada.

Justo entonces, un dolor agudo ascendió por mi pierna. Solté un grito y luego bajé la vista al suelo, donde un perro diminuto de color cobrizo del tamaño aproximado de una rata había clavado los puntiagudos dientes en la piel de mi tobillo.

—¡Oh, ésa es *Penny*! *Penny* no hace más que saludar, ¿no es cierto? —arrulló Rosalyn, cogiendo al animalito en brazos.

Éste me miró con fijeza, sin dejar de mostrar los dientes. Me eché un poquitín más atrás en el asiento.

—Es, esto, muy bonita —dije, aun cuando no comprendía el sentido de tener un perro tan pequeño.

Los perros tenían que ser compañeros que podían ir con uno a una cacería, no adornos a juego con el mobiliario.

—¿Verdad que lo es? —Rosalyn alzó los ojos embelesada—. Es mi mejor amiga, y debo decir que me aterra que salga fuera ahora, ¡con todas las noticias de asesinatos de animales!

—¡Te lo aseguro, Stefan, estamos tan asustadas...! —intervino la señora Cartwright, pasándose las manos por el corpiño del vestido azul marino—. No comprendo este mundo. Sencillamente no está pensado para que nosotras, las mujeres, salgamos al exterior.

—Espero que lo que sea no nos ataque a nosotras. A veces me asusta poner el pie fuera de casa, incluso cuando hay luz —confesó Rosalyn con gran inquietud, aferrando contra el pecho a la perrita, que emitió un gáñido y saltó de su regazo—. Me moriría si le sucediese cualquier cosa a *Penny*.

—Estoy seguro de que estará bien. Después de todo, los ataques han estado ocurriendo en granjas, no en la ciudad —dije yo, intentando reconfortarla sin demasiado entusiasmo.

—¿Stefan? —preguntó la señora Cartwright con su voz estridente, la misma que adoptaba cuando acostumbraba reprendernos a Damon y a mí por susurrar durante el oficio religioso.

La mujer tenía el rostro contraído, y su expresión parecía la de quien acaba de succionar un limón.

—¿No crees que Rosalyn está especialmente hermosa hoy?

—Oh, sí —mentí.

Rosalyn llevaba puesto un vestido de un marrón apagado que hacía juego con sus cabellos de un rubio amarronado. Unos flojos tirabuzones le caían sobre los flacuchos hombros. El conjunto estaba en franco contraste con el salón, que estaba decorado con mobiliario de roble, sillas de brocado y alfombras orientales de colores oscuros que se superponían sobre el brillante suelo de madera. En la esquina opuesta, sobre la repisa de mármol de la chimenea, un retrato del señor Cartwright me miraba fijamente, con una expresión severa en el rostro anguloso. Le eché una ojeada curiosa. En contraste con su esposa, que estaba demasiado gorda y tenía el rostro colorado, el señor Cartwright tenía una palidez fantasmal y era enjuto... y con un aspecto un tanto peligroso, como los buitres que habíamos visto volar en círculos sobre el campo de batalla el verano anterior. Teniendo en cuenta quiénes eran sus padres, la chica en realidad había salido extraordinariamente bien parada.

Rosalyn se sonrojó, y yo me removí en el borde de la silla, notando la presencia de la caja en el bolsillo posterior. Había echado una ojeada al anillo la noche anterior, al ver que no conseguía dormirme. Lo reconocí al instante: era una esmeralda rodeada de diamantes, engastada por los mejores artesanos de Venecia, y la había llevado mi madre hasta el día de su muerte.

—Así pues, Stefan, ¿qué te parece el rosa? —preguntó Rosalyn, sacándome de mi ensueño.

—Lo siento, ¿qué? —pregunté distraído.

La señora Cartwright me lanzó una mirada irritada.

—¿Rosa? ¿Para la cena de la próxima semana? Tu padre ha sido tan amable al planearla... —repuso Rosalyn, con el rostro rojo como un tomate mientras clavaba la vista en el suelo.

—Creo que el rosa te quedaría precioso. Estarás hermosa

lleves lo que lleves —dije inexpresivo, como si fuera un actor leyendo las frases de un texto.

La señora Cartwright sonrió con aprobación, y la perra corrió hasta ella y saltó a un cojín que tenía al lado. La mujer empezó a acariciarle el pelaje.

De improviso, la habitación pareció calurosa y húmeda. Los aromas empalagosos y en competencia de los perfumes de la señora Cartwright y de Rosalyn hacían que me diera vueltas la cabeza. Lancé una mirada furtiva al antiguo reloj de pie del rincón. Llevaba allí sólo quince minutos, pero era como si hubiesen sido cincuenta años.

Me levanté con las piernas temblorosas.

—Ha sido delicioso visitarlas, señora y señorita Cartwright, pero me resisto a arrebatarles el resto de la tarde.

—Gracias. —La dama asintió con brusquedad, sin levantarse del sofá—. Maisy te acompañará a la puerta —dijo, alzando la barbilla hacia la doncella, que en aquellos momentos dormitaba sobre su calceta.

Lancé un suspiro de alivio al abandonar la casa. Soplaba aire fresco sobre mi piel pegajosa, y me alegró no haber hecho que nuestro cochero me esperara; podría despejar la cabeza andando los más de cinco kilómetros que me separaban de casa. El sol empezaba a hundirse en el horizonte, y el olor a madreSelva y jazmín flotaban con fuerza en el aire.

Eché una ojeada a Veritas mientras ascendía a grandes zancadas por la colina. Lirios en flor rodeaban los amplios jarrones que flanqueaban el camino hasta la puerta principal. Las columnas blancas del porche centelleaban con un tono naranja a la luz del sol que se ponía, la superficie reflectante del estanque relucía a lo lejos y pude oír el lejano sonido de los niños jugando cerca de las dependencias del servicio. Era mi hogar, y lo amaba.

Sin embargo, no podía imaginar compartirlo con Rosalyn.

Hundí las manos en los bolsillos y pateé enojado una piedra en la curva de la carretera.

Hice una pausa al llegar a la entrada del camino de acceso, donde había parado un carruaje desconocido. Me lo quedé mirando con curiosidad —raras veces recibíamos visitas— mientras un cochero de cabellos blancos saltaba del asiento del conductor y abría la portezuela del vehículo. Una mujer hermosa y pálida, con una cascada de rizos oscuros, bajó de él. Llevaba un ondulante vestido blanco sujeto a la estrecha cintura con una cinta color melocotón y un sombrero del mismo color que le ocultaba los ojos.

Como si supiera que tenía la mirada fija en ella, se dio la vuelta. Lancé una exclamación ahogada muy a mi pesar. Era más que hermosa; era sublime. Incluso a una distancia de veinte pasos, pude ver parpadear sus ojos oscuros y cómo los rosados labios mostraban una leve sonrisa. Los delgados dedos tocaron el collar con un camafeo azul que lucía en la garganta, y me encontré imitando el gesto, imaginando qué sensación produciría la mano menuda sobre mi propia piel.

Luego volvió a darse la vuelta y una mujer, que debía de ser su doncella, salió del carruaje y empezó a ocuparse de sus faldas.

—¡Hola! —saludó la desconocida.

—Hola... —contesté con voz ronca.

Al tomar aire, olí una embriagadora combinación de jengibre y limón.

—Soy Katherine Pierce. ¿Y tú eres...? —preguntó, con voz juguetona.

Era como si supiese que estaba cohibido por su belleza, y yo no estaba seguro de si debía sentirme mortificado o agradecido de que ella tomara la iniciativa.

—Katherine —repetí despacio, recordando.

Mi padre me había contado la historia de un amigo de un

amigo allá en Atlanta. Sus vecinos habían perecido al incendiarse su casa durante el asedio del general Sherman, y el único superviviente había sido una muchacha de dieciséis años sin parientes. Inmediatamente, mi padre había ofrecido alojar a la joven en nuestra casa de invitados. Había sonado todo muy misterioso y romántico, y cuando mi padre me lo contó, vi en sus ojos lo mucho que disfrutaba con la idea de actuar como salvador de la joven huérfana.

—Sí —admitió ella, con los ojos risueños—. Y tú eres...

—¡Stefan! —respondí a toda prisa—. Stefan Salvatore. El hijo de Giuseppe. Lamento mucho la tragedia de tu familia.

—Gracias —dijo, y en un instante, sus ojos se tornaron oscuros y sombríos—. Y yo os agradezco a ti y a tu padre que nos deis alojamiento a mí y a mi doncella, Emily. No sé qué habríamos hecho sin vosotros.

—Sí, desde luego. —Me sentí repentinamente protector—. Estaréis en la casa de invitados. ¿Quieres que os acompañe?

—La encontraremos nosotras mismas. Gracias, Stefan Salvatore —repuso Katherine, yendo tras el cochero que transportaba un baúl enorme en dirección a la pequeña casa de invitados, situada detrás de la finca principal.

Entonces se volvió en redondo y me miró con fijeza.

—¿O debería llamarte Salvador Stefan? —preguntó con un guiño antes de volverse sobre sus talones.

La contemplé perderse en la puesta de sol, con su doncella siguiéndola, y supe al instante que mi vida jamás sería la misma.

21 de agosto de 1864

*No puedo dejar de pensar en ella. No escribiré siquiera su nombre; no me atrevo. Es hermosa, fascinante, única. Cuando estoy con Rosalyn, soy el hijo de Giuseppe; el chico Salvatore, en lo esencial intercambiable con Damon. Sé que a los Cartwright no les importaría ni un ápice si Damon ocupara mi lugar. Sólo soy yo porque mi padre sabía que Damon no lo consentiría, sabía que yo diría sí, igual que hago siempre.*

*Pero cuando la vi, su figura flexible, sus labios rojos, sus ojos que titilaban y eran tristes y estaban emocionados, todo a la vez..., fue como si por fin fuera simplemente yo, simplemente Stefan Salvatore.*

*Debo ser fuerte. Debo tratarla como a una hermana. Debo enamorarme de la mujer que va a ser mi esposa.*

*Pero temo que sea ya demasiado tarde...*

«Rosalyn Salvatore», pensé al día siguiente, paladeando las palabras mientras salía por la puerta, listo para cumplir con mi deber y hacer una segunda visita a la que pronto sería mi prometida. Imaginé vivir con Rosalyn en la casa de invitados —o

a lo mejor en alguna mansión más pequeña que mi padre construiría como nuestro regalo de boda—, a mí trabajando todo el día, estudiando libros de contabilidad con mi padre en su sofocante estudio, mientras ella cuidaba de nuestros hijos. Intenté sentir entusiasmo. Pero todo lo que experimenté fue un terror frío filtrándose a través de mis venas.

Paseé por el espléndido camino de Veritas y alcé la vista con añoranza hacia la casa de invitados. No había visto a Katherine desde su llegada la tarde anterior. Mi padre había enviado a Alfred para convidarla a cenar, pero ella había declinado la invitación. Yo había pasado la tarde mirando por la ventana en dirección a la casa, pero no pude ver ningún parpadeo de luz de velas. De no haber sabido que Emily y ella se habían instalado allí, habría supuesto que la vivienda seguía desocupada. Por fin me acosté, preguntándome constantemente qué hacía Katherine y si necesitaba consuelo.

Aparté la mirada de las persianas cerradas del piso superior y descendí pesadamente por la avenida. La carretera de tierra bajo mis pies estaba dura y agrietada; necesitábamos una buena tormenta. No soplaba la menor brisa y el aire parecía sin vida. No había ninguna otra persona en el exterior hasta donde la vista alcanzaba; sin embargo, mientras andaba, el pelo de la nuca se me erizó, y tuve la inquietante sensación de que no estaba solo. Espontáneamente, las advertencias de Robert sobre andar por ahí solo flotaron por mi mente.

—¡¿Hola?!—grité de repente a la vez que me daba la vuelta.

Me sobresalté. De pie justo a pocos metros detrás de mí, recostada en una de las estatuas de ángeles que flanqueaban la avenida, estaba Katherine. Llevaba un gran sombrero blanco que le protegía la piel marfileña y un vestido asimismo blanco salpicado de diminutos pimpollos de rosa. A pesar del calor, la clara piel parecía tan fresca como el estanque en una mañana de diciembre.

Me sonrió, exhibiendo unos dientes blancos perfectamente alineados.

—Había esperado poder hacer una visita a los terrenos, pero parece que tienes otro compromiso.

Mi corazón latió con fuerza ante la palabra «compromiso», la caja con el anillo de mi bolsillo trasero pesaba como un hierro de marcar.

—No tengo..., no. Quiero decir —tartamudeé—, podría quedarme.

—Tonterías. —Katherine negó con la cabeza—. Ya estoy aceptando alojamiento de ti y de tu padre. No te quitaré tu tiempo también. —Me miró y enarcó una oscura ceja.

Nunca antes había hablado con una muchacha que pareciera tan relajada y segura de sí misma. Sentí un impulso abrumador de extraer el anillo del bolsillo y ofrecérselo a Katherine con una rodilla hincada en tierra. Pero pensé en mi padre y obligué a mi mano a permanecer donde estaba.

—¿Puedo al menos caminar contigo un rato? —preguntó Katherine, balanceando su sombrilla a un lado y a otro.

Amigablemente, anduvimos por la carretera. Yo sólo miraba a derecha e izquierda, preguntándome por qué no parecía ponerla nerviosa caminar, sin acompañante, con un hombre. A lo mejor se debía a que era huérfana y estaba sola en el mundo. Cualquiera que fuera la razón, me sentía agradecido.

Sopló un leve viento a nuestro alrededor, e inhalé su perfume a limón y jengibre, sintiendo como si pudiera morir de felicidad, justo allí, al lado de Katherine. Sólo estar cerca de ella era un recordatorio de que la belleza y el amor sí existían en el mundo, aun cuando yo no pudiera tenerlos.

—Creo que te llamaré el Silencioso Stefan —dijo Katherine mientras cruzábamos el grupo de robles que marcaba el límite entre el pueblo de Mystic Falls y las distantes plantaciones y haciendas.

—Lo siento... —empecé a disculparme, temiendo resultar tan soso para ella como Rosalyn para mí—. Es sólo que no llegan muchos forasteros a Mystic Falls. Es difícil hablar con alguien que no conozca toda mi historia. Supongo que no quiero aburrirte. Después de Atlanta, estoy seguro de que encuentras Mystic Falls un poco aburrido.

Me sentí mortificado en cuanto la frase abandonó mis labios. Sus padres habían muerto en Atlanta, y ahí estaba yo, haciendo que pareciera como si ella hubiese abandonado alguna clase de vida emocionante para vivir aquí. Carraspeé.

—Quiero decir, no es que hubieses hallado Atlanta emocionante, o que no fuese a gustarte escapar de todo.

—Gracias, Stefan. —Katherine sonrió—. Eres muy amable. El tono de voz dejó claro que no quería ahondar más en el tema.

Anduvimos en silencio un largo rato. Yo caminaba dando zancadas cortas para que Katherine pudiera mantener el paso. Luego, no sé si por accidente o no, sus dedos me rozaron el brazo. Estaban fríos como el hielo, incluso en el húmedo aire.

—Sólo para que lo sepas —dijo—. No encuentro nada en ti que sea aburrido.

Todo mi cuerpo ardió como si se incendiara. Eché una ojeada a la carretera, como si intentara determinar la mejor ruta que podíamos seguir, aunque en realidad le ocultaba mi sonrojo a Katherine. Volví a sentir el peso del anillo que llevaba en el bolsillo, menos ligero que nunca.

Me volví para mirar a Katherine, ni siquiera estoy seguro de lo que quería decirle pero ya no estaba a mi lado.

—¿Katherine? —llamé, resguardando los ojos del sol con la mano a la espera de oír su risa melodiosa alzándose del sotobosque que bordeaba la carretera.

No obstante, todo lo que oí fue el eco de mi propia voz. Había desaparecido.

No visité a los Cartwright ese día. En su lugar, tras registrar el camino, recorrí a la carrera los cuatro kilómetros de vuelta a la hacienda, aterrado por la idea de que una mano invisible hubiese arrastrado de alguna manera a Katherine al interior del bosque; tal vez la misma criatura que había aterrorizado las plantaciones cercanas.

No obstante, cuando llegué a casa la encontré en el columpio del porche, charlando con su doncella y bebiendo un vaso de limonada fría. Su tez estaba pálida y sus ojos lánguidos, como si no hubiera corrido en toda su vida. ¿Cómo había regresado a la casa de invitados tan de prisa? Quise ir hacia allí a grandes zancadas, pero me contuve. Me tomarían por loco si le explicase a alguien las ideas que se arremolinaban en mi cabeza.

En aquel momento, Katherine alzó los ojos e hizo visera con la mano para resguardarlos de la luz.

—¿De vuelta tan pronto?! —gritó, como sorprendida de verme.

Asentí sin decir palabra mientras ella abandonaba el columpio y entraba majestuosamente en la casa de invitados.

La imagen de su rostro sonriente se me siguió apareciendo al día siguiente, cuando me obligué a efectuar la visita a Rosalyn. Fue aún peor que la primera. La señora Cartwright estuvo sentada a mi lado en el sofá y, cada vez que me removía en el asiento, sus ojos centelleaban, como si esperara que sacara el anillo a cada segundo. Yo había conseguido articular algunas preguntas sobre *Penny*, sobre los cachorros que había tenido el pasado mes de junio y sobre los progresos que Honoria Fell, la modista de la ciudad, había hecho con el vestido rosa de Rosalyn; pero, por mucho que lo intentaba, todo lo que quería era una excusa para irme y visitar a Katherine.

Por fin, farfullé algo sobre no querer estar fuera después de oscurecer. Según Robert, había habido tres muertes más de animales, incluido el caballo de George Brower justo frente a la botica. Casi me sentí culpable cuando la señora Cartwright me acompañó fuera de la casa y hasta mi carruaje, como si me marchara a la guerra en lugar a emprender un trayecto de unos cinco kilómetros de vuelta a casa.

Al llegar a la hacienda, se me cayó el alma a los pies cuando no vi ni rastro de Katherine. Estaba a punto de volver sobre mis pasos e ir a la cuadra a cepillar a *Mezzanotte* cuando oí palabras enojadas que surgían de las ventanas abiertas de la cocina de la casa principal.

—¡Ningún hijo mío me desobedecerá jamás en la vida!

Era la voz de mi padre, teñida con el fuerte acento italiano que resultaba evidente sólo cuando estaba sumamente alterado.

—Mi lugar está aquí. El ejército no es para mí. ¡¿Qué hay de malo en seguir los dictados de mi mente?! —gritó otra voz, segura, orgullosa y enojada, todo al mismo tiempo.

Damon.

Mi corazón se aceleró cuando entré en la cocina y vi a mi hermano. Damon era mi mejor amigo, la persona a la que más

respetaba en el mundo..., incluso más que a mi padre, aunque jamás lo había admitido en voz alta. No lo había visto desde el año anterior, cuando se unió al ejército de Groom. Parecía más alto, y su pelo, un poco más oscuro; la piel de su cuello estaba oscurecida por el sol y llena de pecas.

Lo abracé efusivamente, dando gracias por haber llegado a casa en ese momento. Mi padre y él jamás se habían llevado bien, y sus peleas de vez en cuando acababan en puñetazos.

—¡Hermano!

Me dio una palmada en la espalda mientras se desasía de mi abrazo.

—No hemos terminado, Damon —advirtió mi padre mientras se retiraba a su estudio.

—Veo que padre es el mismo de siempre —dijo Damon volviéndose hacia mí.

—No es tan malo. —Siempre me sentía violento hablando mal de nuestro padre, aun cuando me irritaba mi forzado compromiso con Rosalyn—. ¿Acabas de regresar? —pregunté, cambiando de tema.

Damon sonrió. Tenía unas tenues arrugas alrededor de los ojos que nadie advertiría a menos que lo conociera bien.

—Hace una hora. No podía perderme el anuncio del compromiso de mi hermano menor, ¿verdad? —preguntó con un leve atisbo de sarcasmo en la voz—. Padre me lo ha contado todo al respecto. Parece que confía en ti para que des continuidad al apellido Salvatore. E imagínate: cuando llegue el Baile de los Fundadores, ¡estarás casado!

Me quedé rígido. Me había olvidado del baile. Era el acontecimiento del año, y mi padre, el sheriff Forbes y el alcalde Lockwood llevaban meses planeándolo. En parte para recaudar fondos para la guerra, en parte una oportunidad para que la ciudad disfrutara del último aliento del verano, y en mayor medida una posibilidad para que las autoridades se dieran pal-

madras en una espalda, el Baile de los Fundadores había sido siempre una de las tradiciones de Mystic Falls que se contaban entre mis favoritas. Ahora la temía.

Damon debió de percibir mi desasosiego porque empezó a rebuscar en su mochila de lona. Estaba sucia y tenía lo que parecía una mancha de sangre en una esquina. Por fin, extrajo una pelota de cuero grande y deforme, mucho más grande y más ovalada que una pelota de béisbol.

—¿Quieres jugar? —me propuso, pasándose la pelota de una mano a la otra.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una pelota de rugby. Los chicos y yo jugamos cuando tenemos tiempo libre fuera del campo de batalla. Te hará bien. Proporcionará un poco de color a tus mejillas. No queremos que te vuelvas blando —dijo, imitando la voz de mi padre con tal perfección que tuve que reír.

Salió por la puerta y lo seguí, despojándome de la chaqueta de hilo. De improviso la luz del sol se me antojó más cálida, la hierba más blanda, todo parecía mejor de lo que había sido apenas unos minutos antes.

—¡Cógela! —chilló Damon, pillándome desprevenido.

Alcé los brazos y atrapé la pelota contra el pecho.

—¿Puedo jugar? —preguntó una voz femenina, rompiendo el momento.

Era Katherine. Llevaba puesto un sencillo vestido suelto de color lila y el pelo sujeto en un moño sobre la nuca. Reparé en que sus oscuros ojos hacían perfecto juego con el brillante camafeo azul que descansaba sobre el hueco de su garganta y me imaginé entrelazando los dedos con sus manos delicadas y luego besándola en el blanco cuello.

Me obligué a apartar los ojos de ella.

—Katherine, éste es mi hermano, Damon. Damon, ésta es Katherine Pierce. Se aloja con nosotros —los presenté con frial-

dad, mirando alternativamente a uno y a otro para evaluar la reacción de mi hermano.

Los ojos de Katherine brillaron, como si hallara mi formalidad increíblemente divertida. Lo mismo hicieron los de Damon.

—Damon, puedo darme cuenta de que eres tan encantador como tu hermano —comentó ella con un exagerado acento del sur.

Aun cuando era una frase que cualquiera de las muchachas del país usaría al hablar con un hombre, sonó vagamente burlesca surgiendo de sus labios.

—Ya se verá. —Damon sonrió—. Bien, hermano, ¿dejaremos jugar a Katherine?

—No lo sé —respondí, vacilante de improviso—. ¿Cuáles son las reglas?

—¿Quién necesita reglas? —preguntó ella, dibujando una amplia sonrisa que mostró su perfecta dentadura.

Hice girar la pelota en mi mano.

—Mi hermano juega duro —advertí.

—No sé por qué, pero creo que yo juego más duro.

Cayendo sobre mí, Katherine me arrebató la pelota. Tal como el día anterior, sus manos estaban frías, como el hielo, a pesar del calor de la tarde, y su contacto lanzó una sacudida de energía a través de mi cuerpo que ascendió hasta al cerebro.

—¡Quien pierda tiene que cepillar mis caballos! —gritó a la vez que el viento le echaba el pelo hacia atrás.

Damon la contempló correr, luego me miró con una ceja enarcada.

—Ésa es una chica que quiere que la persigan.

Dicho eso, clavó los talones en la tierra y salió disparado, con el poderoso cuerpo descendiendo a toda velocidad por la colina en dirección al estanque.

Al cabo de un segundo, también yo corrí. Noté cómo el viento se arremolinaba alrededor de mis orejas.

—¡Te atraparé! —chillé.

Era una frase que habría gritado cuando tenía ocho años y jugaba con niñas de mi edad, pero sentí que lo que estaba en juego era más importante que nada por lo que hubiera jugado en mi vida.